



EL ESQUI, CON SUS MAS Y SUS MENOS

Por PELLO

El tema sugerido para este año por nuestra revista ha sido el de comentar y analizar en qué, cómo y sobre todo por qué *salimos* los domingos y festivos, y también cuáles son los lugares que con preferencia absorben esta semanal emigración de los guipuzcoanos. Concretándonos a nuestra blanca parcela, veamos qué es lo que pasa en la época en que por lógica resulta más apetecible disfrutar del calor hogareño y en la que, por el contrario, es cuando mayor y más fuerte transvase de población sufren nuestros pueblos, con la ilusión puesta en ir «a la nieve». La nieve, con su blanco manto, constituye una parte muy importante de nuestros descansos semanales durante la época invernal, por lo cual vamos a ocuparnos del tema.

Cuando el invierno se acerca, comienza la preparación y el equiparse, y con ello la fiebre de comprar y comprar: anoraks, botas, guantes y demás prendas necesarias y menos necesarias contra el frío, y no digamos nada de los esquís, ataduras, bastones y etc., para lo cual el mercado nos presenta una golosa infinidad de marcas y de precios. También cuentan los modestos que se fabrican su propio trineo. Recordamos cuando, en nuestra juventud, suponía una verdadera aventura el conseguir los materiales para construir uno de estos trineos, que después lo estrenábamos en el «Kaxko de Arramendi». Eran los tiempos en que en Rentería nevaba. Hoy en día esto no sucede, y lo más fácil es comprarse un «champero» o simplemente preparar unos plásticos y sobre ellos dejarse arrastrar pendiente abajo.

Una vez equipados «al completo», crece día a día nuestra ansiedad por ver llegar la primera nevada. Es entonces cuando empezamos a fijarnos en los mapas del tiempo, en los anticiclones de las Azores, las borrascas del norte, en el barco «K», la presión atmosférica, etc., etc.; en fin, que nos convertimos en meteorólogos para cuando llega la primera borrasca de categoría, y con ella hace la nieve su aparición por nuestros contornos. Ha llegado el momento para el que nos hemos estado preparando, el que nuestros dineros nos cuesta recibirlo adecuadamente.

Bueno, la nieve ya la tenemos en nuestros montes y vamos a buscarla. Si la borrasca ha sido muy fuerte, lo que en los últimos años ocurre un par de veces por temporada, podemos ir al collado de Biandiz, que es nuestra «estación de invierno» más próxima. Aquí nunca suele haber problemas, pues por lo general las nevadas son ligeras y no ocurre nada digno de mención.

Otro de los lugares elegidos por su proximidad suele ser la sierra de Aralar, en la que sí hay problemas. El primer inconveniente surge cuando la nevada ha sido reciente y nos encontramos con que la carretera no ha sido limpiada, lo que obliga a colocar las cadenas en las ruedas de nuestros vehículos. Suele resultar todo un espectáculo debido a que la generalidad de los conductores nunca en su vida las han colocado. Las manos se enfrían y se mojan, nuestras prendas se ensucian, y cuando al fin conseguimos colocar las dichas cadenas, nos encontraremos metidos en el primer atasco del día.

En Aralar es donde normalmente suelen hacer el aprendizaje todos los aspirantes a esquiadores, tanto en el aspecto puramente deportivo, como en el otro, que no por secundario deja de tener su importancia en la educación de un aficionado a la nieve. Es necesario aprender a colocar cadenas al coche, conducir sobre nieve o hielo, prepararse a «aguantar mecha» en los atascos, comer fuera de horas y de mala manera, pasar el día con los pies mojados y superar otros inconvenientes que encontramos en Aralar, debidos a su falta de acondicionamiento. Faltan albergues y tampoco existen remontes mecánicos, por lo que se hace difícil la práctica de las modalidades de esquí alpino. Aralar es uno de los sitios donde a un esquiador alpino se le mira como a un bicho raro por el resto de los deportistas que, en su generalidad, practican el esquí de fondo. Y Aralar es también el paraíso de los trineos,

de los «champeros» y de los del plástico, del proletariado del esquí.

Cuando la nieve escasea cerca de casa, solemos ir más lejos. Hasta sitios con renombre, hasta las auténticas estaciones de invierno. Hasta lugares que, de acuerdo con la propaganda que los rodea, están preparados para que todos disfrutemos de sus comodidades y servicios. Allí disponemos de remontes mecánicos en forma de telesillas o telecabinas, hoteles con toda la gama de estrellas, «clubs» en cantidad—pero no deportivos, sino de diversión—, y todo los demás; en una palabra, todo cuanto la sociedad de consumo puede ofrecernos. Y es aquí, pensando sobre este ambiente, cuando se nos ocurre que estamos trabajando toda la semana con la idea de *salir* el domingo, para poder escapar del influjo y de la presión del medio que nos rodea, y ¡mira por donde!, vamos a meternos de lleno en las fauces de otra sociedad anónima—hoy son estas las propietarias de las estaciones invernales—, cuyo único fin es procurar los mejores dividendos a sus accionistas. Y además señalaremos que va tanta gente, que para tomar un telesilla suele haber las mismas colas que para coger el autobús a San Sebastián en las «horas punta», y que para tomar un «chiquito» en cualquier bar resulta mucho más difícil que un mediodía de domingo en la calle Magdalena, con la particularidad de que su precio, cuando menos se cuadruplica. Total, que allí no conseguimos salir de nuestro ambiente semanal.

Hablando ahora del aspecto puramente deportivo, que en esquí ha de traducirse por la pura competición, poco constructivo podemos decir de estos centros invernales de gran renombre. En determinadas pruebas en las que se juega el prestigio de la «estación», tal como campeonatos de España, pruebas con puntuación F.I.S. y otras pocas con categoría nacional, se vuelcan materialmente prodigando medios y servicios, por aquello de la propaganda, pero en las competiciones menores como carreras regionales y no digamos ya pruebas sociales, lo único que ofrecen es colocar unos palos más o menos bien y... cobrar por colocarlos.

Para escapar a este megalomanía, no nos queda a los de aquí otro remedio que practicar sobre esquí la travesía y, en competición, el fondo. Para estas modalidades no hacen falta ni tickets, ni pases, ni tarjetas. Nada que se semeje ni tenga nada que ver con lo burocrático ni con lo servil. El deslizarse suavemente, sin mayor esfuerzo, por blancos valles, bellos y solitarios donde el silencio es casi religioso, contrasta fuertemente con el bullicio y la agitación de las pistas de esquí alpino.

Del andar sobre esquí—travesía y fondo—, cabe destacar por un lado la gran formación física que se consigue, ya que en tal ejercicio se movilizan la casi totalidad de los músculos, y luego el que el riesgo de accidentes es mínimo, pues las caídas son poco frecuentes y aun en el caso de que ocurra una «fuerte», es más fácil que se rompa antes el esquí que la pierna. A su favor además la ventaja ya señalada de la economía, realmente importante en estos tiempos de inflación.

Todo ello ha condicionado el que en Rentería, los del «Urdaburu», al igual que los demás clubs de la provincia,

se hayan dedicado con preferencia a esta especialidad de las carreras de fondo sobre esquís, modalidad en la que milita hoy una extensa plantilla de corredores que participan en la totalidad de las pruebas de carácter regional y en bastantes de las nacionales. En los pasados campeonatos de España celebrados en la Sierra Nevada granadina, la participación renteriana no estuvo nada mal. En «damas» Arantxa Carrera y Ane Miren Zubeldia; con los chicos Fede Franchés, José Manuel Cecilia y José Luis Adúriz, más el delegado y «el fotógrafo», fueron siete personas las que acudieron de nuestro txoko.

Los resultados obtenidos en este campeonato pueden calificarse como «buenos», en lo que respecta a la representación masculina, y como «muy buenos», según la clasificación conseguida por nuestra chicas. Ane Miren hizo cuarta y Arantxa sexta en la lista de este primer Campeonato de España femenino, prueba a la que desde este año se le ha concedido categoría oficial. Franchés y Cecilia se colocaron en los puestos 8.º y 13 respectivamente dentro

de su categoría, y José Luis Adúriz, en la prueba de 30 kilómetros, entró en el 13 lugar.

Y hasta aquí nuestros más y menos del mundo del esquí. Por un lado el mercantilismo que acompaña a las especialidades del llamado esquí «alpino», pleno de propaganda y publicidad, además de comodidades y toda clase de ventajas y facilidades, aunque sean carísimas, y por el otro el sufrido y olvidado estilo «nórdico», carente de prensa ni otras ayudas, sólo mantenido por el entusiasmo de los modestos. De la consideración que merece esta modalidad, por parte de los responsables y federativos nacionales, baste señalar el que para la próxima temporada España no podrá contar con un equipo nacional, y ni tan siquiera con un equipo de «promesas». Otro botón de muestra que nos indica el *subdesarrollo* que soporta el deporte «amateur» y que explica la realidad de su bajo nivel técnico, debido a la penuria de medios en que ha de desenvolverse, pese a que la prensa y toda la propaganda especializada trate de demostrarnos lo contrario.